

echaron al vuelo. Lo que pasó después fue cosa de segundos; aquel ser ultraterreno estaba en verdad desencantado; qué espectáculo tan mísero, qué desacordada chirimía, qué ruido aquel de cobres destemplados, qué vociferaciones más estúpidas, qué colores aquellos tan chillones; qué muestra tan sorprendente del barroco. Después de levantar el imponente testuz, sus ojos, que ya se remansaban en dulces contemplaciones, despidieron sus antiguas centellas; lanzó un furibundo bramido; violentos resoplidos de fuego calcinaban y levantaban la tierra, y recogidos en los cuartos traseros, precipitóse en una carrera vertiginosa, cruzando la plaza y la barrera de un solo salto. Salí por donde había venido arrebatándolo todo; pero aun así tuvo tiempo para cerrar con un apotegma aquella aventura con los hombres: el amor nos hace débiles, pensó. Sintió detrás un galope furioso de caballos y si no hubiera cambiado de opinión sobre aquellos torpes seres que se divertían con lo más bello, les hubiera hecho frente; sintió entonces una invencible repugnancia.

En ese momento caían gruesas gotas de agua, aunque el sol brillaba aún. Había llegado a un voladizo del camino, sin preocuparse de los llaneros que lo perseguían, y dando un alado salto se lanzó al abismo. Cuando los jinetes estuvieron al borde del precipicio, quedaron sorprendidos: allí en el fondo, en un angosto llano, los antiguos e inmóviles pantanos estaban convulsos y el suelo temblaba a su alrededor; un denso vapor apenas dejaba percibir los juncos fuselados; del seno de esa nube se disparó de pronto un arco iris, inmenso y deslumbrador, que se detuvo sobre el paraje donde había aparecido el misterioso encantamiento. ¿Era aquel fenómeno la huella resplandeciente que había dejado al volar a sus seguras e inaccesibles moradas? Así se afirmaba, aunque ahora nadie pone en duda que aquel arco multicolor es el espíritu del toro de los siete colores, que se despojó de su áureo cuerpo, que tanta codicia había despertado entre los hombres y que había dado motivo para que unos astutos y despreciables seres se hubieran divertido con la más bella y única pasión que había sentido en su vida. Flotando en aquel flúido luminoso del arco iris, se aquilata el borroso sentimiento del toro de los siete colores en el lejano y amoroso recuerdo. Nadie ha sido osado a acercarse al fulgente meteoro, pues está hecho de amor y su atmósfera es ardiente y lo quema y purifica todo.

RAFAEL OSORIO R.

LA LUNA DEL RECUERDO

Sobre el parque he visto cantar la luna del recuerdo. Esa luna niña, pandereta que tocaban los pensamientos infantiles. La niña luna que soñábamos como un pedazo de azúcar, o como una moneda eterna de risa silenciosa.

En ese parque fui niño la mitad de la infancia. En sus lomas mínimas —abruptos precipicios, terribles desfiladeros—, hice audaces emboscadas de sueños. Y más tarde, sobre el cielo inimitable del parque, que, cuando hoy empezaba a entrar de nuevo, me parecía abandonado, se dibujó la primera sonrisa de mi primera novia.

La sombra se duerme sobre el parque. Los eucaliptus vuelven a ser fantasmas y hay algo sigiloso en cada ruido. Ya canta la noche. Como un sueño lejano, se ve y se oye hervir la ciudad... Cada paso adelante, oscurece más la oscuridad.

El agua azul de la luna llueve sobre nuestras frentes. Y la noche me hace tener de nuevo ocho, diez años.

Sólo la noche puede ir pasando telones prodigiosos sobre el recuerdo. Vuelven a vivir, a hablar con nosotros, los vagos sueños que regalábamos a los árboles viejos.

Los caballos de brisa; los soldados de troncos de piedras que se lanzaban tras de nosotros al ataque; la vida prodigiosa que vivimos un día, y que hoy no podemos vivir más que en estos instantes de luna, se despiertan y cantan. Y la vida es un arroyo que se devuelve a buscar la fuente para besarla con dulzura.

Todo se siente vago en este aire de luna, aire infantil en que podemos otra vez ser niños.

Este nuevo conocimiento de lo que fue nuestro, hace temblar unas estrellas pequeñísimas que tenemos en el cielo del alma, y que los hombres que viven en el mundo de todos llaman lágrimas... cuando saben qué son, Y el aire de infancia nos baña los labios y los ojos.

Al pensar en la amada entre los ruidos misteriosos del parque y del mundo que se despierta en mí, inconscientemente voy incorporándola, volviéndola aérea en el país de mi infancia, y me parece que ella está visitándolo conmigo.

—¿No es el amor un poco niño, un niño triste que hace en todas las vidas un recinto sellado donde el país de la infancia se extiende y vuelve a ser futuro?

Por eso puedo pensar en ella, y sentirla paseando por mi infancia; sentir que sus ojos que atardecen de oro se tornan de color de luna, y que el aire dorado de su cabello se sutiliza hasta ser aroma que amuralla contra el tiempo mi corazón.

Mis pies —al compás de los del amigo, que recuerda también— van volviendo a escribir los mismos golpes infantiles. Y sentimos como si dos niños nos fueran alcanzando. La luna brilla más.

Y somos dos niños que a la luz de la luna, para poder recordar, vamos tejiendo diversos instantes pasados, y recorriendo uno de los países de la vida.

De pronto, un óvalo de piedra como un enorme espejo surge ante mis ojos —otra vez de niño— cálidos, asombrados. Se oye dentro el canto del agua hechizada de luna, de infancia y de música.

La voz de mi amigo murmura:

—Aquí había un león...

Y lo sentimos allí. El agua canta, pero en el óvalo inmóvil ríe la cara burlona de la luna. El misterio es empujado de la tierra a flotar sobre el aire. Sí. Tiene que estar el león allí, esperándome, como antes lo veía, con su cara toda gris, botando el agua a la pila de su boca hambrienta.

Y el terror delicioso de ser niño para tenerle miedo al león de la fuente, corre como un escorzo frío y angustioso por mis venas heladas.

Huyamos, que de noche sale el león de la fuente.

Pero no huímos. El alma de niños no alcanza a empujar los cuerpos de hombres. Y la angustia a la sombra blanca de la luna me posee, como un loco correr... Los pasos golpean rápidos sobre la hierba. Lejos ya de la fuente, se oye aún la alegre charla del agua, que no tiene miedo del león. Y el misterio de la fuente fertiliza en mí el terror, como cuando era niño siempre, y no, como ahora, tan sólo a la luz de la luna.

Los mismos árboles empinados siguen conversando con el viento que pasa llevando en sus dedos de hielo a los niños malvados.

En aquel árbol grande debe estar ahora, como entonces, el palacio de la reina de las hadas. Debe estar en la fiesta transparente, bailando con las flores, porque ya el viento se devolvió, y canta suavemente sobre la hierba húmeda, tierna y plateada en estos instantes niños.

Ya mi primer amor se habrá convertido en hada, como todos los primeros amores. Tal vez me ha acompañado por el parque. Pero no debe haber llegado a la pila del león, porque ella sentía más miedo que yo de la cara gris. Y sin embargo, qué delicia fría y gozosa hubiéramos sentido de sumergirnos en el agua verde de la pila, de empaparnos en agua de león.

Vamos saliendo del parque. Sentimos un ala blanca sobre las frentes. Tras de nosotros otra vez corren dos sombras de niños, que en el límite del parque se detienen y nos dicen adiós con la mano. Y se pierden entre los árboles nocturnos, a jugar para siempre en el parque con la blanca pelota de la luna, pero sin dejarla caer en la pila verde del león.

PEDRO GOMEZ VALDERRAMA

